

Autobiografía vs. infancia: el caso de Armando Palacio Valdés

James D. Fernández.

*Ask yourself if you are happy, and you
immediately cease to be so.*

John Stuart Mill

Los autobiógrafos con frecuencia añoran un estado perdido o imaginado que, curiosamente, se caracteriza por la ausencia de las mismas condiciones de existencia del texto autobiográfico: la experiencia o la vida (bio) y la autoconciencia o la escritura (grafía). En otras palabras, muchas autobiografías se escriben desde el lugar de la pérdida, de la herida: lo que se ha perdido es la plenitud, la experiencia pura; la herida es la de la autoconciencia, plasmada primordialmente en la reflexión inherente al acto de escribir. Estas autobiografías no sólo documentan una pérdida mediante la representación de tales o cuales escenas de privaciones o expulsiones; las autobiografías en sí –en su misma materialidad textual– llegan a constituir la evidencia principal de una pérdida irreversible. «Preferiría no estar escribiendo esto, pero...» es una declaración implícita de los textos de este *corpus* autobiográfico, que ubican la felicidad siempre en el presente de lo narrado, nunca en el presente de la narración. La felicidad –desde dentro– no tiene narración posible. Es ésta la lógica interna de una buena parte del *corpus* de literatura autobiográfica de Occidente: la vida nos ha alejado de nosotros mismos; la escritura nos distancia aún más de la experiencia, de la identidad. De ahí que la infancia, supuestamente previa a la «vida», y previa a la «letra», se constituya, a lo largo de la historia del género, en el añorado –por perdido– jardín del yo. De ahí también que ciertos espacios –el campo, sobre todo en el siglo XIX, o ciertas zonas del «tercer mundo» en el XX– se privilegien en cuanto lugares supuestamente extáticos o estáticos –premodernos, iguales a sí mismos– y supuestamente analfabetos, no autoconscientes. «La ausencia de autobiografía rural» –escribe Philippe Lejeune– «es del todo previsible. El mundo rural tradicional constituye por

definición un espacio cultural antiautobiográfico» («Autobiographie et histoire sociale au XIXe siècle», en *Individualisme et autobiographie en Occident*, Bruxelles, Université de Bruxelles, 1983, p. 210). Si en estos textos, el «progreso» histórico de la modernidad se define como un alejamiento colectivo de las esencias y de las identidades, la vida individual se representa también como un proceso pernicioso de enajenación y de desdoblamiento de un yo cristalino y originario. Sólo se llega a ese yo diamantino mediante un proceso de eliminación, de limpieza: autobiografía. Autobio. Auto. En este ensayo, ofrezco una lectura de *La novela de un novelista* ([1921], Buenos Aires, Espasa Calpe, 1965) uno de los tomos autobiográficos del novelista asturiano Armando Palacio Valdés (1853-1938). Prefiero dejar a un lado la cuestión del posible valor estético de la obra en cuestión, como también la adecuación entre lo que relata Palacio Valdés en sus memorias y la «verdad histórica.» Para mí, el interés del texto del novelista asturiano reside principalmente en el hecho de que constituye un verdadero catálogo de motivos y clichés de esta fuerte corriente nostálgica de la autobiografía antimoderna, antiurbana y antiadulta.

* * *

A finales del siglo XIX, el escritor Eusebio Blasco, que llevaba años viviendo en París, describiría su regreso a Madrid en los siguientes términos: «Todo esto me hace olvidar la vida vertiginosa de allá, el ruido y la balumba del Gran Boulevard, la prisa de la vida moderna» (*Recuerdos: notas íntimas de Francia y España*, Madrid, Fernando Fe, 1894, p. 7). Para Blasco, Madrid es el lugar de la identidad, de la autenticidad. Curiosamente, el lugar privilegiado que ocupa Madrid en el imaginario afectivo de Blasco depende precisamente de su relativo atraso. La fuerza de su color local está en razón inversa de su progreso. Pero ¿qué importa si es la patria? ¿Acaso hay madre defectuosa?: «Si en España se hiciera lo que en otros países, ya no sería España. Suprimid en las escaleras de una casa de Madrid el olor del aceite y no hay tal Madrid. Y sones y olores, y músicas y aromas constituyen la nacionalidad, que surge y penetra en ondas de olor, y dan escalofrío al tornar al hogar materno» (p. 113-114). Cada norte tiene su sur; dentro de España, durante estos mismos años, se trazan las mismas líneas, las mismas fronteras; se perciben las mismas tentativas de delimitar un espacio de identidad, protegido del amenazante rodillo de la modernidad. Para Palacio Valdés, según la forma que da a su vida en *La novela de un novelista*, ese espacio privilegiado es el campo de Asturias. Dejar Asturias para ir a Madrid se representa como una expulsión del paraíso, o peor, un descenso al infierno. Madrid es a París, para Blasco, lo que Asturias es

a Madrid para Palacio Valdés, un hogar, un refugio, el lugar de la identidad. El hecho de que un solo espacio –Madrid– se pueda representar simultáneamente como paraíso e infierno, como el refugio de la crisis de la modernidad y el epicentro de esa misma crisis –parecería comprobar la idea de que la crisis es un estado no de las cosas, sino de la mente humana.

En el siglo XIX, las representaciones del hogar y del mundo rural comparten varias características. La asociación entre el hogar y la figura materna es un producto de la recodificación decimonónica de los papeles sexuales: lo público es el dominio del hombre; el recinto privado es el espacio de la mujer. El desarrollo de la modernidad –el creciente frenesí de la esfera pública– produce un enaltecimiento de la esfera de la domesticidad femenina como un supuesto refugio ante el implacable flujo del mercado, de la política, de la historia. Existe una asociación parecida entre el mundo rural y lo femenino o lo materno; de nuevo, es la supuesta no-participación en el torbellino de la modernidad lo que posibilita la asociación entre madre y campo. Palacio Valdés invoca esta asociación al hacer hincapié en el hecho de que su exilio de Asturias coincide con la muerte de su madre. Pero más importante aún, para nuestros propósitos, es la fuerte asociación convencional entre el hogar y la campiña por un lado, y la infancia por otro. Como escribe Raymond Williams, «la vida campestre se ve frecuentemente como la vida del pasado, de la infancia del escritor». A veces, sobre todo en el XIX, este vínculo entre infancia y campo es el simple resultado de la realidad biográfica –muchísimos europeos del XIX pasaron su infancia en el campo y su vida adulta en la urbe. Pero en otros casos, la vinculación es de carácter más convencional: el campo se asocia no tanto a la edad temprana de un hombre, sino a la infancia del Hombre. Según una visión histórica muy potente a finales del siglo XIX, la Civilización pasó su infancia en el campo, y está pasando su vida adulta en la ciudad. En *La novela de un novelista*, Palacio Valdés aprovecha tanto el vínculo biográfico como el convencional; es decir, como el novelista pasó su infancia en Asturias y su vida adulta en Madrid, utiliza esta circunstancia concreta para configurar su relato autobiográfico como una caída de la infancia, del paraíso y de Asturias, hacia la vida adulta, el «mundo» y Madrid. Al mismo tiempo, sin embargo, en Palacio Valdés, Asturias se convierte no sólo en el lugar de su infancia particular, sino en un lugar esencialmente infantil: «Reina en este pueblo una amable jovialidad infantil» (p. 55); «como si la hermosa villa quisiera poner su alegría y su inocencia bajo la guardia de aquel que dijo “O niños, o como niños”» (p. 57). El campo es, en definitiva, un lugar ahistórico: «Corría el año 1861. En Avilés vivíamos ignorados pero felices. Allá lejos podrían sublevarse los batallones y en Madrid alzarse barricadas y en todas partes encenderse la lucha y venir en pos de ella las sangrientas repre-

siones, matanzas y fusilamientos. Nosotros no nos ocupábamos en semejantes bagatelas» (p. 153).

Tanto el hogar (materno) como la campiña no sólo son refugios de la historia; también se suelen representar –erróneamente, desde luego– como lugares exentos del trabajo, lugares distantes del mundo moderno de despachos, fábricas, y sus fabricaciones. Como ha señalado Raymond Williams, una de las características más llamativas de las visiones pastorales del campo es precisamente la ausencia de la labor, del trabajo: «Los hombres y las mujeres que siembran y abonan y podan y cosechan no se ven por ninguna parte; es como si el trabajo se llevara a cabo por un invisible orden natural» (p. 32).

En el primer párrafo de *La novela de un novelista*, escribe Palacio Valdés: «“Preguntad a los niños y a los pájaros cómo saben las cerezas” dice un proverbio alemán. Ignoro cómo sabrán a los pájaros, pero en cuanto a mí me sabían tan bien hace sesenta años que cuando veía una cesta de ellas caía inmediatamente en éxtasis como Santa Teresa en presencia del sacramento» (p. 9). A pesar de su tono juguetón, la cita merece comentario. Primero, habría que subrayar que en esta imagen, al niño Palacio Valdés se le presenta una cesta de cerezas; la labor que hay detrás de la producción de la fruta no tiene cabida en esta representación pastoral. Es sintomático: a lo largo de la *Novela*, vemos al niño Palacio Valdés percibiendo y recibiendo los dones de una naturaleza abundante y generosa. Esta armonía, esta pasividad o falta de esfuerzo, es la clave de la felicidad infantil, pues el niño tiene acceso inmediato no solamente a los frutos en un sentido literal, sino también a la «fruición», a la experiencia verdadera, auténtica, total –a la Presencia. La ausencia del trabajo es, en otras palabras, análoga a la ausencia de las mediaciones. En el mundo de los adultos, sólo existen signos útiles que han de ser empleados, interpretados y elaborados; el niño tiene la capacidad de experimentar las cosas en y por ellas mismas. En el mundo prelapsario de la infancia y de Asturias, el trabajo y la utilidad –igual que los problemas de la reflexión e interpretación– son desconocidos; se puede disfrutar de todo sin esfuerzo alguno. Es en este respecto que se compara el niño a la mística, Teresa; más adelante, Palacio Valdés compara su experiencia de la naturaleza con la experiencia mística: «Mi alma se puso en contacto con la naturaleza. Parecía que la tierra me sustentaba con amor ofreciéndome sus dones, que participaba de su felicidad y vivía en mística unidad con ella» (p. 231). En la sección de su *Vida* dedicada a la descripción de su experiencia mística, Teresa de Jesús utiliza la analogía sostenida del jardín y de las cuatro aguas para describir los cuatro niveles de su oración. Según esta analogía pastoral, al acercarse la santa al nivel más perfecto de unión completa con Dios, lo que disminuye es precisa-

mente la cantidad de trabajo necesario: si la etapa primera y menos perfecta corresponde al jardín cuyo cuidador debe acarrear agua desde un arroyo lejano, la última etapa corresponde a la huerta que recibe el don de la lluvia sin esfuerzo alguno de parte del jardinero. Como Dios expulsa a Adán del Paraíso con la maldición «con el sudor de tu rostro comerás el pan», es apropiado que el viaje de Teresa, que representa la inversión de la Caída, se retrate mediante la imagen de la eliminación de la labor física. Es más: según el sistema místico que invoca Palacio Valdés, la eliminación del trabajo representa, entre otras cosas, la suspensión del discurso mental, la suspensión de sus facultades cognitivas, la renuncia de la representación. El Significado se hace Presente: el místico ya no tiene necesidad de interpretar, de trabajar ni de leer: «Como uno que sin aprender ni haber trabajado nada para saber leer, hallase toda la ciencia sabida ya en si.» En su *Novela*, Palacio Valdés evoca explícitamente la expulsión del Paraíso. El primer capítulo se titula «Adán en el Paraíso»; el último, «Adán expulsado». El Paraíso es su infancia en Asturias. Es un momento eterno y unificado; un momento notablemente no-narrable, no-autobiográfico: «La historia de la infancia es siempre idéntica a sí misma. Cada niño es feliz a menos que intervenga una mano brutal entre sí y la felicidad» (p. 9).

En el caso de Palacio Valdés, como en el caso de muchos autobiógrafos, la primera mano brutal parece haber sido la del maestro: «Recuerdo que la vara de avellano que usaba el maestro don Juan de la Cruz no me inspiraba simpatía» (p. 78). La imagen casi parece una versión literal del dicho español «La letra con sangre entra». En todo caso, la socialización (la asignación y el aprendizaje de roles convencionales) y la alfabetización —una metáfora de la imposición de un sistema arbitrario e impersonal a través del cual el estudiante ha de aprender a ver el mundo— muchas veces contribuyen a la caracterización negativa, tan común en el género, de los años de colegio. Hasta dentro de los límites de Asturias es la escuela lo que interrumpe la existencia atemporal y feliz de Palacio Valdés: «Yo me dispuse a pasar la eternidad como la pasan los ángeles, suponiendo que los ángeles no tengan colegio» (p. 19). Los años de colegio son una versión en miniatura de una caída mayor: el comienzo de la carrera de derecho que empieza el autor en Madrid. «Jamás hubo un estudiante de quinto año más ansioso de hacerse bachiller. Este magno acontecimiento era, a mi modo de ver, la llave del Paraíso. En efecto, fue la llave, mas no para abrirlo, sino para cerrarlo. Mis padres me habían prometido enviarme a Madrid a seguir la carrera de jurisprudencia» (p. 234). El relato termina con su exilio hacia Madrid: «Pero ya comenzamos a escalar las grandiosas montañas de Pajares. ¡Adiós dulce infancia! ¡Adiós adolescencia soñadora! Allá abajo me esperan la casa de huéspedes sórdida, la indiferencia desdeñosa, la hostili-

dad irracional, el placer sin alegría, el remordimiento.» (p. 239). Según Palacio Valdés, lo que caracteriza esta Caída o exilio –lo que separa al hombre del niño– es la mediación, una imposición entre el sujeto y el mundo. El niño tiene acceso directo; el hombre no: «Muchas, muchísimas veces me he preguntado ¿cuál será el mundo verdaderamente real, aquel que yo veía en mi infancia, o este otro que ahora contemplo a través del velo tejido de perfidias, traiciones, bajezas y ruindades que los años colocaron ante mis ojos?» (p. 64). La respuesta a esta pregunta está clara, por lo menos para Palacio Valdés: «En realidad sólo en la niñez somos sabios, sólo entonces establecemos las verdaderas relaciones» (p. 10). La infancia y Asturias se convierten en el lugar de autenticidad, de unidad, de identidad, donde «el odio es odio, el orgullo es orgullo y la justicia, justicia» (p. 10). Frecuentemente se describen la infancia y el mundo rural en términos similares, idealizantes. Simmel afirma que para los niños y los «primitivos», «la palabra y el objeto, el símbolo y lo que representa, el nombre y la persona son idénticos, como se ha demostrado en innumerables investigaciones etnológicas y por la psicología infantil.» La etnología y la psicología infantil; esta combinación de Simmel es aún otro ejemplo de esa analogía tan poderosa para los europeos del XIX y del XX: el niño es para el adulto lo que es lo primitivo para lo civilizado, el campo para la ciudad. El niño y el campo se construyen como los espacios «otros» de la modernidad. La vida adulta y la ciudad, con su multitud de signos equívocos, se caracterizan por la duplicidad, o la multiplicidad, por la no-identidad. En *Novela*, las pérdidas de unidad, de inmediatez, de percepción pura y absoluta se asocian primero al colegio y después a los estudios de derecho y la experiencia de la política, la modernidad y Madrid.

Después de todo eso, es imposible volver a experimentar el mundo –sobre todo el mundo natural– de manera directa: «Ahora me acerco al mar como si fuese a la Puerta del Sol. Contemplo las volutas argentadas de sus olas con la misma indiferencia que los chorros de las mangas de riego. Su estruendo temeroso me deja impasible como el ruido de los coches, y me parece que las gaviotas con sus graznidos pregonan los periódicos de la tarde» (p. 9). Sólo tienen acceso a la Presencia los pájaros, los niños y los místicos. Los tres grupos comparten la incapacidad –o más bien, la falta de deseo y de necesidad– de expresar esa presencia. El pájaro mudo, el místico extasiado, y el *infans*, el que no habla. Después de la caída al mundo adulto y la adquisición de letras y de leyes, el ave, antaño sujeto infuso de experiencia pura, se vuelve un proliferador de discursos y difundidor de información; el místico entra en la ciudad y se convierte en abogado, en maestro de las leyes del mundo; el niño del mundo natural se transforma en adulto urbano y –*hélas*– en autobiógrafo. Auto. Autobio. Autobiógrafo.